

ayudarlos, que al fin, cuando ménos lo piensan, caen, porque cuando la pera está madura es preciso que caiga del árbol, y á cada puerco le llega su San Martín. Lo que hay de cierto es que las cartas han quedado en poder de la justicia, y que por ese hilo se sacará el ovillo de toda la trama: se dice habrá mucha gente comprometida: allá se las avengan: han trastornado todo Milan, y aún querian hacer cosas peores. Dicen que los panaderos son unos bribones: yo tambien lo sé; pero quien debe ahorcarlos es la justicia: que hay grano escondido; ¿quién lo ignora? pero le toca al que manda tener buenos espías para sacarlo de donde está encerrado, y hacer danzar en el aire á los monopolistas en compañía de los panaderos. Y si el que manda no pone remedio, la ciudad debe representar, y si la primera vez no hacen justicia, recurrir otra vez, que á fuerza de representaciones se consigue todo lo que se quiere, y no establecer la maldita costumbre de entrar furiosos en las tiendas y almacenes y saquearlos.

Lo poco que Lorenzo habia comido se le volvió veneno. Pareciale un siglo cada minuto que tardaba en salir de aquella posada, y aún del país. Más de diez veces se dijo á sí mismo: vámonos de aquí; pero el miedo que siempre tenia de hacerse sospechoso, y se habia aumentado notablemente, llegando á tiranizar todos sus pensamientos, le obligó otras tantas á quedarse como clavado en el banco. En tal perplejidad pensó que aquel hablador habia de acabar alguna vez de hablar de él, y decidió levantarse en cuanto le oyese entablar otra conversacion.

— Por eso, — dijo uno de los circunstantes, — yo que sé muy bien lo que son esas cosas, y que los hombres honrados están muy mal en los tumultos, resisti á mi curiosidad y me he mantenido quietecito en mi casa.

— ¿ Por ventura me he movido yo de ella? — dijo otro.

— ¿ Y yo? — añadió otro. — Si por casualidad me hubiera hallado en Milan, hubiera dejado sin concluir, si era necesario, cualquiera negocio, y me hubiera vuelto á mi casa al

nstante. Tengo mujer é hijos, y ademas, dijo la verdad, no me acomodan esos alborotos.

Al llegar á este punto, el posadero, que habia estado tambien oyendo las noticias, se dirigió hácia la otra parte de la mesa para ver lo que hacia el forastero. Aprovechó Lorenzo



Se encaminó á la puerta en linea recta.

la ocasion, le pidió la cuenta, le pagó sin regatear, á pesar de que los fondos estaban muy bajos, y sin decir palabra, se encaminó á la puerta en línea recta, atravesó el umbral, tuvo buen cuidado de no volverse por la parte de donde habia venido, y echó á andar por la opuesta, entregándose en manos de la Providencia.

CAPÍTULO XVII

Si basta frecuentemente un solo deseo para privar á un hombre de su tranquilidad, ¿ qué sucederá cuando una persona anhela por dos cosas que están en contradiccion? El pobre Lorenzo hacia muchas horas que tenia dos deseos contradictorios en el cuerpo, esto es, el de echar á correr, y el de permanecer escondido, y las malhadadas noticias del mercader los habian aumentado entrambos de repente hasta

un grado extraordinario. Según ellas, su aventura había medido ruido, y suscitado el empeño de echarle la mano. ¿Y quién era capaz de saber cuántos esbirros andarían ya dándole caza? ¿Cuántas órdenes se habrían circulado para que



hubiese la mayor vigilancia en las calles, caminos y posadas? Por otra parte, reflexionaba que los esbirros que le conocían eran únicamente dos, y que él no llevaba el nombre escrito en la frente; pero le venían á la memoria cien historias diferentes que había oído contar de fugitivos que fueron descubiertos por casualidades muy raras, ya por el modo de andar, ya por cierto continente sospechoso, en fin por otras mil cosas impensadas; de manera que todo le causaba recelo. Así es que á pesar de que tocaban las oraciones cuando salió de Gorgonzola, y la oscuridad disminuía cada vez más

cualquiera peligro, emprendió de mala gana su marcha por el camino real, proponiéndose entrar por la primera senda que encontrase, y que á su parecer le encaminase al punto á que tanto deseo tenía de llegar.

— El posadero ha dicho que me faltan seis millas, — pensaba entre sí; — aunque tenga que andar ocho ó diez por sendas y caminos excusados, las mismas piernas que han

andado las demás andarán también estas. Seguramente no voy hacia Milan; luego voy camino del Ada, y andando andando he de llegar á él tarde ó temprano. Las aguas del Ada meten bastante ruido, y cuando esté cerca no he de necesitar que nadie me le enseñe. Si hay alguna barca en que poder pasar, paso inmediatamente, y si no, me escondo hasta mañana en un monte ó encima de un árbol como los pájaros; que más vale dormir sobre un árbol que en la cárcel.

Pronto se le presentó un sendero á mano derecha y se metió por él. Á aquella hora no hubiera dejado de preguntar á cualquiera que se le hubiese presentado; pero no se oían pisadas de alma viviente.

Andaba, pues, por la senda adelante, é interiormente iba discurrendo por sí de esta manera:

¿Conque yo he cometido mil diabluras, queriendo asesinar á todos los señores? ¿Conque traía un paquete de cartas? ¿Y mis compañeros me estaban aguardando? Daría cualquier cosa por encontrarme cara á cara con aquel mercader de los diablos al otro lado del Ada (! ay! ¡cuándo llegaré á pasar ese maldito río!) para detenerle y preguntarle despacio de dónde había sacado aquellos cuentos. Sepa usted, señor mío, le diría, que lo que ha sucedido ha sido esto y esto, y que las diabluras que he cometido no han sido otras, sino haber ayudado al señor Ferrer, como si fuera un hermano mío: sepa usted que aquellos bribones que le parece que eran amigos míos, porque una vez solté una palabra de buen cristiano quisieron jugarme unás chanzas muy pesadas: sepa, por fin, que mientras usted estaba guardando su tienda, á mí me estaban moliendo las costillas por libertar al tal señor Director de provisiones á quien no he visto en mi vida: ¡pero que aguarden á que yo me mueva otra vez para ayudar á señores! Es verdad que en conciencia debemos hacerlo... porque al fin son nuestros prójimos. ¿Y aquel paquete de cartas en que se contenía toda la maquinación, y que sabe de cierto que ahora se halla en manos de la justicia? ¿Qué apuesta usted á que se lo presento aquí sin necesitar para

ello del auxilio del diablo? Vaya, ¿quiere usted ver el tal paquete de cartas? Aquí está, y no es sino una sola carta, si usted quiere saberlo, escrita por un religioso que puede enseñarle la doctrina cristiana, por un religioso que, sin agraviar á usted, un pelo de su barba vale más que toda la de usted, y ha escrito esta carta á otro religioso que tambien es todo un hombre. Vea usted, pues, cuáles son los bribones de mis amigos, y aprenda para otra vez á hablar mejor, sobre todo cuando se trata del prójimo.

Á poco tiempo cedieron enteramente estos pensamientos y otros semejantes, pues las circunstancias actuales ocupaban exclusivamente todas las facultades del pobre peregrino. El temor de que le siguiesen y descubriesen, que tanto habia acibarado el viaje del día, no le inquietaba por entónces; pero ¡cuántas cosas se reunian para hacerle aún más desagradable su caminata nocturna! Las tinieblas, la soledad, el cansancio que se iba aumentando y llegaba á ser penoso, un vientecillo que soplaba muy sutil y casi imperceptible, pero poco grato á quien estaba vestido con el mismo traje que se habia puesto para ir á la boda y volver despues triunfante á su casa que distaba pocos pasos, y lo que era peor de todo, aquel caminar á la ventura, olfateando, como suele decirse, un sitio donde poder descansar y estar seguro.

Cuando pasaba casualmente por algun lugarcito, iba con mucho silencio mirando si habia alguna casa abierta; pero nunca vió más señal de gente despierta que tal cual claridad que salia de algun postigo de ventana, y miéntras caminaba fuera de poblado, se paraba de cuando en cuando, y aplicaba el oído por si oia el deseado murmullo del río; pero siempre inútilmente, pues no percibia otro sonido que el melancólico y amenazador aullido de algunos perros, que saliendo de caserías aisladas, venía atravesando el aire.

Luégo que se acercaba á cualquiera de aquellas caserías, el aullido se convertia en un ladrar prolongado é iracundo, y al pasar por delante de la puerta oia y casi le parecia ver al animal doblar sus ladridos acercando el hocico á las rendijas,

lo cual disipaba en él la tentacion de llamar y pedir hospedaje. Y aún cuando no hubiese habido perros, no hubiera tenido valor de hacerlo. « ¿Quién es? ¿Qué queréis á estas horas? ¿Cómo habéis venido aquí? Decid vuestro nombre. No hay donde dormir. — Esto es lo que me preguntarán, decia entre sí, y será lo ménos malo que me pueda suceder, porque puede muy bien estar durmiendo dentro algun medroso que empiece á gritar ¡ladrones! ¡ladrones! En tal caso sería preciso responder inmediatamente alguna cosa que satisficiese; ¿y qué he de responder? Al que oye ruido de noche no le ocurren sino ladrones y malhechores, y no le pasa por la imaginacion que un hombre de bien pueda hallarse caminando así á deshoras, á no ser un caballero en su carruaje. » Con estas reflexiones guardaba aquel partido para el último apuro, y seguia adelante con la esperanza de llegar aquella noche al Ada, aunque no pudiese pasarle, para no tener que andarle buscando de día.

Yendo adelante, y adelante, llegó á un paraje en que el campo cultivado concluia en una llanura de helechos y palmitos, que le pareció, sino indicio seguro, á lo ménos probable de que habia río inmediato, y por tanto se metió en ella siguiendo la senda que la atrevesaba. Habiendo andado algunos pasos, se detuvo á escuchar; pero inútilmente. Aumentaba el fastidio del camino la aridez del sitio, pues no veia ni un moral, ni una cepa, ni otra señal alguna de cultivo, que hasta entónces le habian servido en cierto modo de compañía. Sin embargo, seguia adelante; pero como empezasen á suscitarse en su imaginacion ciertas ideas de apariciones, que aún conservaba de las consejas que en otro tiempo le habian contado, para alejarlas, ó al ménos para distraerse, iba rezando por los difuntos al paso que caminaba.

De esta manera llegó poco á poco á unos matorrales, en donde, continuando su marcha con más impaciencia aún que celeridad, empezó á encontrar árboles más altos, y siguiendo siempre la misma senda, advirtió que iba á entrar en un bosque. Experimentó desde luégo cierta repugnancia á

meterse en él; pero por último la venció, y prosiguió su camino de mala gana. Cuanto más se internaba en el bosque, tanto más se aumentaban sus molestas imaginaciones.

Las plantas que veía á cierta distancia se le figuraban espectros extraños y disformes. No le agradaba tampoco la sombra de las copas de los árboles que, ligeramente agitadas por el aire, se presentaban trémulas en la senda iluminada por la luna, y hasta el ruido que sus mismas pisadas causaban en las hojas secas tenía algo de repugnante á sus oídos. Experimentaba en sus piernas cierta ansia, cierto impulso de correr, al mismo tiempo que parecía que no podían ya sostener su cuerpo. Sentía en la frente y las mejillas la impresion del relente nocturno, que introduciéndose por entre los vestidos y la carne, penetraba agudamente hasta los huesos ataridos, y agotaba en sus miembros el último recurso de vigor. Llegó un momento en que aquel horror inexplicable, contra el cual hacía algún tiempo que luchaba su ánimo, llegó casi á sojuzgarle. Estaba ya para rendirse, pero más asustado de su propio temor que de otra cosa, reanimó todo su antiguo vigor y se decidió á emplearle.

Animado, pues, de este modo, se paró á deliberar, y ya estaba determinado á dejar aquel sitio, y volviendo por el camino que había andado, dirigirse al último pueblo de donde había salido á buscar otra vez habitaciones humanas para proporcionarse en ellas un asilo, aunque fuese en la posada. Estando, pues, en esta situación, sin hacer ruido con los piés en las hojas secas, y reinando en torno el más profundo silencio, llegó á sus oídos una especie de murmullo de agua corriente. Escucha, se cerciora, y exclama: «¡ Es el Ada! » y aquel ruido fué para él el encuentro de un amigo, de un hermano, de un bienhechor. Con esto desapareció casi enteramente el cansancio, volvió á tomar su movimiento el pulso, y le pareció que la sangre corría más libre y caliente por sus venas. Aumentóse la confianza y se le figuró ménos ardua y peligrosa su situación, de modo que no titubeó en proseguir

internándose en el bosque en la dirección que le indicaba aquel lisonjero ruido.

Poco tardó en llegar á la extremidad de la llanura y á la orilla de un profundo ribazo, y mirando por entre las matas y malezas que le guarnecían, vió brillar allá bajo el agua corriente. Levantando despues la vista, divisó á la otra parte del río una llanura sembrada de pueblos, y en último término algunos collados, distinguiendo en uno de los más altos una mancha blanca, que le pareció ser una ciudad, y sin duda alguna la de Bérgamo. Bajó algun poco por la pendiente, y separando el ramaje con manos y brazos, miró si se movía por el río alguna barquilla, y escuchó por si oía algun ruido de remos; pero nada vió ni oyó. Si se hubiese tratado de algo ménos que del Ada, hubiera bajado Lorenzo inmediatamente para tentar el vado; mas no lo hizo, porque sabía que con aquel río no se podían gastar semejantes chanzas.

Púsose, pues, á consultar consigo mismo muy sosegadamente qué partido debería tomar. Subirse á un árbol, y estar allí con tan ligera ropa y el ambiente que soplabá, esperando el día por espacio de seis horas que aún podía tardar en venir, era lo más propio para helarse; dar vueltas arriba y abajo para mantenerse todo aquel tiempo en ejercicio, además de ser corto auxilio contra el rigor del sereno, era exigir demasiado de sus tristes piernas, que habían hecho ya más de lo que debían. Acordóse por fortuna que en uno de los campos más inmediatos al terreno inculto había visto un *cascinotto*, nombre que los aldeanos de la vega de Milan dan á ciertas cabañas cubiertas de paja y construidas con troncos y ramas entretrejidas y rellenas de tierra, las cuales en el verano sirven para depósitos del grano de la cosecha, y guarecerse los trabajadores por la noche, quedando abandonadas en las demás estaciones del año. Eligióla, pues, para su asilo, volvió á emprender el camino, atravesó el bosque, el matorral y la llanura, y cuando llegó al terreno cultivado, percibió la cabaña, é inmediatamente se dirigió á ella. Cerrábala una gran puerta carcomida y descompuesta, sin cerrojo ni llave

en el postigo. Abrió Lorenzo, entró y vió suspendido en el aire, y sostenido por ramas retorcidas á manera de cuerdas, un enrejado, figurando una hamaca; pero no pensó en meterse en él, sino que viendo en el suelo un poco de paja, creyó que aún allí sería agradable un buen sueño.

Mas ántes de acostarse en aquel lecho que la Providencia le habia deparado, se arrodilló para darle gracias por semejante beneficio, y por todo el favor que le habia prestado en aquel día terrible: rezó despues sus oraciones acostumbradas, y cuando concluyó pidió perdon á Dios por haberle olvidado la noche anterior, y por haberse acostado á dormir, segundecia, peor que un perro. Recogió despues toda la paja que habia alrededor, se la echó encima, procurando que le sirviese de colcha para amortiguar el frio, que aún allí dentro se dejaba sentir bastante, y se acurrucó luégo con intencion de echar un buen sueño, pareciéndole que en aquel viaje le habia comprado aún más caro de lo justo.

Pero apénas cerró los ojos, cuando en su memoria ó en su fantasia, pues no es fácil decir á punto fijo el paraje, empezó á pasar y repasar tanta gente, y de una manera tan continúa, que ahuyentó de él hasta la idea del sueño. El mercader, el escribano, los esbirros, el espadero, el posadero, Ferrer, el Director de provisiones, la reunion de la posada, toda la algazara de las calles, D. Abundo, D. Rodrigo..., y ninguno entre tantos que no trajese consigo recuerdos de desventuras ó resentimientos.

Sólo tres imágenes se le ponian delante exentas de amargas memorias, limpias de toda sospecha y enteramente halagüeñas, y dos con especialidad muy desemejantes entre sí pero íntimamente unidas en el corazon de Lorenzo; unas trenzas negras y una barba blanca.

Pero aún el consuelo que experimentaba con fijar el pensamiento en aquellas imágenes estaba muy léjos de ser puro y tranquilo. Cuando recordaba el buen religioso, se avergonzaba de su fuga, de su intemperancia y del poco aprecio que habia hecho de sus paternales consejos, y cuando contemplaba

la imágen de Lucia, no intentaremos decir lo que experimentaba: el lector, que conoce las circunstancias, puede muy bien figurárselo. Tampoco se olvidaba de la buena Ines, que le habia adoptado, y le consideraba ya como una misma cosa con su hija única, y que ántes de recibir de él el título de madre, le habia manifestado el corazon y el lenguaje de tal, acreditándole con obras su cariño. Y no era lo que ménos le afligia el pensar que en pago de tan afectuosas demostraciones y de tanta benevolencia, la pobre mujer se encontraba fuera de su casa, errante, sin saber cuál sería su suerte, y sufriendo males y pesadumbres, dimanadas de donde esperaba haber encontrado en sus últimos años reposo y satisfacciones. ¡Qué noche! ¡Pobre Lorenzo! ¡La noche que debia ser la quinta de su boda! ¡Qué habitacion! ¡Qué tálamo nupcial! ¡Y despues de qué día! ¡Y para esperar el siguiente, y luégo otros, y otros! Con decir: ¡sea lo que Dios quiera! procuraba hacer frente á sus tétricos pensamientos, que cada vez más le mortificaban. « Dios sabe, proseguia, lo que hace en nuestro beneficio. Vaya todo en descuento de mis pecados. ¡Pobre Lucia, es tan buena!... Quizá no querrá Dios hacerla sufrir mucho tiempo. »

Con estos pensamientos, desesperado ya de coger el sueño, temblando de frio, y dando sin querer de cuando en cuando diente con diente, deseaba con ansia que amaneciera, y contaba con impaciencia las horas, renegando de su lentitud: digo que contaba porque cada média hora oia en aquel vasto silencio las campanadas de un reloj, que sin duda debia ser el de Frezzo, pueblo de aquellas inmediaciones. Cuando por primera vez llégo á sus oídos aquel toque inesperado, sin idea alguna de donde pudiese venir, causó en su fantasia un efecto misterioso y grave como el que pudiera ocasionar el aviso de persona oculta y voz desconocida. Finalmente, cuando aquel martillo dió cuatro golpes, que era la hora en que Lorenzo habia hecho ánimo de levantarse, se incorporó medio aterido, se arrodilló despues, rezó con más devocion de la que acostumbraba, se puso de pié, estiró brazos y piernas, sacudió el cuerpo

como para reunir todos sus miembros que parecían separados, se sopló en ambas manos, las estregó, abrió el postiguillo de la cabaña, y lo primero que hizo fué sacar la cabeza, por ver si había álguien por aquellas inmediaciones.

Viendo que nadie parecía, empezó á buscar con la vista la senda que habia seguido la noche anterior, y reconocida, á pesar de parecerle más clara y distinta de lo que se le figuró en la oscuridad de la noche, echó á andar inmediatamente por ella.

Anunciaba el cielo un hermoso dia. Á un lado la luna, aunque pálida y sin rayos, sobresalía en aquel campo inmenso de color cerúleo, que bajando hácia el Oriente, se iba convirtiendo poco á poco en un amarillo rojizo. Más abajo, y casi tocando al horizonte, se extendían en bandas desiguales unas pocas nubes, más bien azules que pardas, orladas las más bajas con una ciuta como de fuego, que cada vez se volvía más viva y brillante. Por la parte del Sur, otras nubecillas agrupadas entre sí, ligeras, y por decirlo así fosas, se iban iluminando de mil diversos colores: en fin, el cielo de la Lombardia, tan hermoso cuando está despejado, tan encantador y tan sereno. Si Lorenzo se hubiese hallado allí por diversion, ciertamente hubiera levantado la vista y admirado aquel hermosísimo amanecer, tan distinto del que estaba acostumbrado á ver entre sus montañas; pero sólo miraba al suelo y andaba de prisa, tanto para entrar en calor como para llegar pronto. Pasa los campos cultivados, la llanura inculta y los matorrales, y al atravesar el bosque mira alrededor, y pensando con una especie de lástima en el terror que le habia causado algunas horas ántes, llega á lo más alto de la orilla del rio; mira abajo, y entre las breñas descubre una barquilla de pescador que venía con lentitud contra la corriente casi tocando á la orilla. Baja por el camino más corto que halla entre las matas y zarzas, y al llegar cerca del agua, da una voz no muy fuerte al pescador; y aunque su intencion era la de aparentar que le pedía un servicio de poca importancia, le hace señas sin quererlo con

ademán casi suplicante de que atraque. Da el pescador una mirada á lo largo de la orilla, mira atentamente por el rio, tanto hácia arriba como hácia abajo, y despues vuelve la proa adonde estaba Lorenzo, el cuál hallándose con un pié casi en el agua, echa una mano á la barquilla y salta en ella.

— Quisiera — dijo al pescador — que hicierais el favor, pagando lo que sea, de pasarme brevemente al otro lado.



Baja por el camino más corto.

El pescador, que se lo habia presumido, volvía ya la proa á la orilla opuesta, cuando Lorenzo ve otro remo en el fondo de la barca, se baja y le echa mano.

— Poco á poco, — dijo el barquero; pero al ver el desembarazo con que el jóven se disponía á manejar aquel instrumento, añadió: — ; Ah! ; ah! sois del oficio.

— Algo entiendo, — contestó Lorenzo.

Y empezó á bogar con un vigor más que de aficionado, y

mirando de tiempo en tiempo con tristeza ya la orilla de que se alejaban, y ya con ansia aquella á que se dirigian, se lamentaba de tener que ir oblicuamente por una línea más larga, por ser allí la corriente demasiado rápida para atravesarla en derechura.

Como acontece en todos los negocios algo oscuros y embrollados, que al principio sólo se presentan las dificultades en grande, y despues en la ejecucion van apareciendo las de los pormenores, así Lorenzo, habiendo ya casi atravesado el Ada, estaba inquieto por no saber de fijo si aquel sitio era la frontera del Estado, ó si aún vencido aquel obstáculo, quedaria algun otro que superar. Por lo cual llamando la atencion del pescador, y señalándole con la cabeza la mancha blanquecina que habia observado la noche anterior, y que entónces se divisaba claramente, le dijo:

— ¿Es Bérghamo el pueblo que se ve allí!

— Sí, señor, la ciudad de Bérghamo, — respondió el pescador.

— ¿Y esta orilla del rio es de su término?

— Es de San Márcos (1).

— ¡Pues viva San Márcos! — exclamó Lorenzo, á que nada respondió el barquero.

Por último, llegan á la orilla, y Lorenzo salta en tierra, da las gracias á Dios en su corazon, y con la boca medio abierta hácia el barquero, mete la mano en el bolsillo y saca una *berlinga*, que atendidas las circunstancias, no era pequeño desprendimiento, y se la da al pescador, quien volviendo á mirar como ántes á la orilla del Milanesado y á todo el rio, alarga la mano, toma el dinero, le guarda, aprieta los labios, y cruzándolos con el dedo índice, y haciendo un gesto muy expresivo, dice á Lorenzo: « Buen viaje, » y se vuelve á la otra orilla.

Para que el lector no se admire de la pronta y directa cortesía del barquero con un hombre desconocido, deberemos

1. Esto es, Estado veneciano.

advertirle que, acostumbrado á prestar semejante servicio á contrabandistas y malhechores, estaba habituado á ello, no tanto por la corta é incierta ganancia que podia resultarle, cuanto por no granjearse enemigos entre aquella clase de gentes, y lo ejecutaba siempre que estaba seguro de que no le veian guardas, esbirros ó visitadores. De este modo, sin querer más á los unos que á los otros, procuraba satisfacerlos á todos con aquella imparcialidad que acostumbra usar



Por último llegan á la orilla.

generalmente el que está obligado á tratar conciertas gentes y tiene que dar cuenta de sus acciones.

Delúvose Lorenzo un instante en aquella orilla á contemplar la opuesta, y á suspirar por aquella tierra en que poco ántes hacia tan mal tiempo para él. « ¡Ah, gracias á Dios; ya estoy fuera! Allí está: ¡maldito país!» fué su primer pensamiento: la despedida de su patria fué el segundo; mas el tercero se dirigió á la que dejaba en aquella tierra, y entónces cruzó los brazos sobre el pecho, lanzó un suspiro, inclinó los ojos á mirar al agua que corria bajo sus piés, y dijo entre si: « ¡Ha pasado por debajo del puente! (pues segun

la costumbre de sus paisanos, llamaba así por antonomasia, al de Leco. ¡Ah mundo infame!... Basta : ¡ sea lo que Dios quiera ! »

Vueltas las espaldas á tan tristes objetos, comenzó á caminar con direccion á la mancha blanquecina, que estaba en la pendiente del cerro, hasta que llegase alguno que con mayor certeza le indicase el camino directo, y era de ver con qué desembarazo se acercaba á los caminantes, y sin tanto titubear, ni tanto buscar palabras indiferentes, profería el nombre del país en que habitaba su primo, y preguntaba por el camino que guiaba á él. Por la primera persona que se lo indicó supo que todavía le quedaba que andar nueve millas.

Aquel viaje no fué ciertamente muy alegre. Sin contar los cuidados que llevaba Lorenzo consigo, contristaban su vista á cada instante objetos melancólicos que le hacían conocer que en el país en que se internaba hallaría la misma carestía que en el suyo. Por todo el camino, y especialmente en los pueblos y aldeas por donde pasaba, veía enjambres de mendigos, la mayor parte más por efecto de las circunstancias que por oficio, pues más bien manifestaban su miseria en el rostro que en el traje. Formaban este cuadro aldeanos, serenos, artesanos y familias enteras, y le acompañaban súplicas, quejas y gemidos. Semejante vista, además de la dolorosa compasión que excitaba en su alma, le traía á la memoria sus propios trabajos.

— ¿Quién sabe — iba meditando entre sí — si hallaré en qué ocuparme? ¿Si habrá trabajo como los años pasa dos. En fin, Bartolo me quería bien; es buen muchacho, tiene dinero, y me ha brindado tantas veces con su casa, que debo creer que no me abandonará, y además la Providencia me ha favorecido hasta ahora, y no dejará de ayudarme de aquí en adelante.

Entre tanto iba creciendo en razón del camino el apetito que ya de algún tiempo se dejaba sentir, y aunque Lorenzo cuando empezó á pensar seriamente en ello, conoció que aún podía aguantar hasta el fin de su viaje, que ya no podía

durar arriba de dos millas, reflexionó sin embargo que no parecía bien presentarse á su primo como un mendigo, y que por primer saludo le dijese dárme algo de comer. Sacó, pues, del bolsillo todas sus riquezas, las recorrió, las cortó en la palma de la mano, hizo su cálculo, aunque para hacerlo no era necesario ser grande aritmético, y halló que había lo suficiente para tomar un bocado; entró, pues, en una hostería á refocilarse, y después de pagar su cuenta, aún le quedaron algunos sueldos.

Al salir vió junto á la puerta tendidas en el camino á dos mujeres, una ya de edad y otra más joven con un niño pequeño, que después de haber chupado inútilmente los dos pechos de la última, estaba llorando, y todos tres pálidos como la muerte. Á su lado y en pie se hallaba un hombre en cuyo rostro y miembros se conocían aún las señales de su antigua robustez, casi destruida por la miseria. Todos alargaron la mano hácia aquel hombre que salía con pié firme y aspecto satisfecho; pero ninguno habló palabra: ¿qué más hubiera podido decir una súplica?

— ¡Aquí está la Providencia! — dijo Lorenzo.

Y metiendo inmediatamente la mano en el bolsillo, le dejó limpio sacando aquellos pocos sueldos; los puso en la mano que vió más inmediata, y prosiguió su camino.

La refacción y la buena obra (pues somos un compuesto de cuerpo y alma) habían exaltado y alegrado sus pensamientos, y ciertamente el haberse desprendido de aquel modo del último dinero que le quedaba, le había inspirado más confianza para lo sucesivo, que la que le hubiera dado el hallar diez veces más. Porque si la Providencia había destinado el último dinero de un extranjero prófugo, distante de su casa é incierto acerca de los medios de su subsistencia, para alimentar un día á aquellas infelices que estaban desmayándose en el camino, ¿cómo podía imaginar que quisiese dejar perecer al mismo de quien se había servido, y á quien había inspirado una idea tan viva y de suyo tan eficaz é irresistible? Tal era en sustancia el pensamiento de Lorenzo, aunque algo

más confuso de como le presentan mis palabras. Durante el resto del camino, volviendo á repasar en su imaginacion los puntos y circunstancias que le habian parecido más oscuros y enredados, todo lo iba suponiendo fácil. Segun sus cálculos, la carestía y miseria habian de acabar presto ó tarde, pues todos los años hay que segar; se acordaba de que entre tanto tenía á su primo Bartolo, su propia habilidad, y, por refuerzo, algun dinerillo ahorrado, que enviaria á pedir inmediatamente, y con él, á todo librar, viviria economizándolo mucho hasta la próxima cosecha. « Vuelto finalmente el buen tiempo, — proseguia Lorenzo en su imaginacion, — renace la fuerza de los trabajos, los fabricantes se desviven por encontrar trabajadores milaneses, que son los que mejor saben su oficio, levantan estos la cabeza, y como el que tiene gente hábil es preciso que la pague, se gana para vivir, y aún para ahorrar algun poco, se arregla una casita, y se escribe á las mujeres que vengan. ¿Y si no, para qué esperar tanto? ¿No es cierto que con aquel poco dinero hubiéramos vivido hasta el invierno? Pues lo mismo viviremos aquí. Curas hay en todas partes: vienen, pues, aquellas dos mujeres tan queridas, y se pone casa. ¡Qué placer ir paseando todos juntos por este mismo camino, llegar en un carro hasta el Ada, y merendar á la orilla, á la misma orilla, y enseñar á Ines y á Lucía el sitio en que me embarqué, el paraje por donde bajé, y el puesto en que me detuve á mirar si habia alguna barca! »

Llegado por fin al pueblo de su primo, y al entrar, ó por mejor decir, ántes de entrar, ve una casa bastante alta con varios órdenes paralelos de largas ventanas sobrepuestas una á otras, y entre los órdenes un espacio más pequeño que el que se requiere para la division de las piezas. Conoce que aquel edificio es una fábrica de hilados, entra en ella, pregunta con voz alta entre el ruido de agua que corría y el de las ruedas que daban vuelta, si vivia allí Bartolo Castañeri.

— ¿El Sr. Bartolo? allí está.

— ¡El señor! buena señal, — dijo entre sí Lorenzo.

Y viendo á su primo, corrió hácia él. Volvióse este, y al

ver á Lorenzo que le dice: « aquí estamos todos, » prorumpió en un ¡oh! de sorpresa, y echándole los brazos al cuello, ambos se abrazaron afectuosamente. Despues de este primer recibimiento, se llevó Bartolo á su primo á otro cuarto lejos del estrépito de los tornos y de los ojos de los curiosos, y le dijo:

— Te veo en mi casa con el mayor placer; pero eres un tereco. Te brindé tantas veces, y nunca quisiste venir, y ahora llegas en un momento algo embarazoso.

— ¿Y qué quieres? — contestó Lorenzo: — ahora tampoco he venido por mi gusto.

Y con la mayor brevedad que le fué possible, pero no sin conmoverse, le contó su dolorosa historia.

— Esa ya es harina de otro costal, — dijo Bartolo. — ¡Pobre Lorenzo! Pero has contado conmigo, y ciertamente no te abandonaré. Á la verdad no se necesitan ahora operarios; apenas conserva cada fábrica los suyos para no perderlos, y para ir manteniendo el oficio; pero el amo me aprecia: no deja de tener fondos, y te diré, sin que sea jactancia, que se los debe en gran parte á su dinero y á la razonable habilidad de estas manos. Has de saber que soy el maestro; que nada se hace sin mí, y en una palabra, que soy el *factotum*. ¡Pobre Lucía Mondella! Me acuerdo de ella como si fuese ayer. ¡Buena muchacha! Siempre la más modesta en la iglesia, cuando uno pasaba delante de su casita... Me parece que la estoy viendo fuera del pueblo con una higuera muy hermosa que sobresalia por encima de las tapias.

— Mira, no hablemos de eso.

— Quiero decir que cuando se pasaba delante de aquella casita se oía siempre el aspa dar vueltas y más vueltas. ¿Y aquel D. Rodrigo?... Ya en mi tiempo empezaba á sacar los piés de las alforjas; pero ahora por lo que veo hace mil diabluras, mientras que Dios le deja la rienda suelta... Conque, como te iba diciendo tambien, aquí se padece un poco de estrechez. Á buena cuenta, ¿cómo te hallas de apetito?

— He comido ahora poco en el camino.

— ¿Y cómo estamos de dinero?

Abrió Lorenzo la mano derecha, la acercó á la boca y dió en ella un soplo ligero.

— No importa, — dijo Bartolo, — yo tengo. Animate, que ántes de mucho, si Dios quiere, se han de cambiar las cosas, y me los volverás, y aún ganarás para ti,

— Tengo algun dinerillo depositado, y escribiré que me lo envíen.

— Está bien, y entre tanto cuenta conmigo. Dios me ha dado lo que tengo para que haga bien, y si no lo hago á mis parientes y amigos, ¿ á quién se lo he de hacer?

— ¡ Si lo dije yo, que la Providencia!... — exclamó Lorenzo apretando afectuosamente la mano de su primo.

— Conque en Milan — dijo este — ha habido todas esas diabluras que cuentan? Me parece que esa gente es algo loca. Ya se habia dicho por aquí alguna cosa; pero deseo que me lo cuentes todo por menor. ¡ Ah! tenemos muchas cosas que hablar. Acá todo marcha con más sosiego, y se hacen las cosas con algun juicio. La ciudad ha comprado dos mil cargas de trigo á un comerciante de Venecia, trigo que viene de Turquía, porque cuando se trata de comer no se repara en frioleras; pero mira lo que sucede. Las autoridades de Verona y de Brescia cierran el camino, y se empeñan en que por allí no ha de pasar trigo alguno. ¿ Qué hacen entónces los bergamascos? Despachan á Venecia un hombre que sabe hablar; este se presenta al Dux, y le pregunta qué queria decir aquella majadería, y le hace un discurso, pero qué; discurso! Dicen que podia publicarse en letras de molde. ¡ Lo que vale tener un hombre que sepa hablar! Al momento sale una órden para que se deje pasar el trigo, y las autoridades no sólo han tenido que dejarle pasar, sino que le han hecho escoltar, y ya está en camino. Tambien se ha pensado en la gente del campo. Un hombre de bien ha hecho presente al Senado que las gentes de fuera de la ciudad padecian hambre y el Senado ha mandado comprar cuatro mil fanegas de maiz; que tambien sirve par hacer pan. Y, sobre todo, si no tene-

mos pan, comeremos otra cosa. Dios me ha dado algun bien-estar como te he dicho. Ahora te presentaré al amo; le he hablado tantas veces de ti, que te recibirá muy bien. Es un hombre excelente, un bergamasco chapado á la antigua y con el corazón muy grande. Á la verdad no te esperaba ahora; pero cuando sepa tu historia... y ademas sabe hacer aprecio de los artesanos, porque la carestía pasa y el comercio dura. Pero ántes de todo es preciso que te informe de una cosa: ¿ sabes cómo nos llaman en este país á los del Estado de Milan?

— ¿ Cómo nos llaman?

— Nos llaman gansos.

— Pues á la verdad el nombre nada tiene de lisonjero.

— Tanto monta. El que ha nacido en el ducado de Milan, y quiere vivir en territorio de Bérgamo, es preciso que lo sufra. Para esta gente lo mismo es llamar ganso á un milanés que tratar de usia á un caballero.

— Supongo que se lo dirán á quien se lo quiera dejar decir.

— Pues, hijo mio, si no te hallas dispuesto á tragar el apodo de ganso á todo pasto, cuenta que no has de poder vivir aquí. Sería preciso estar siempre con la navaja en la mano, y cuando hubieras muerto, supongamos, á dos, tres, cuatro, llegaría uno que te despacharía á ti, y mira qué gusto presentarte ante el tribunal de Dios con tres á cuatro muertes encima.

— ¿ Y un milanés que tenga un poco de... (aquí se tocó la frente con el dedo, como hizo en la posada de la Luna llena) quiero decir uno que sepa su oficio?

— Es lo mismo: aquí no pasa de ganso. ¿ Sabes lo que dice el amo cuando habla de mí? Aquel ganso ha sido un ángel del cielo para mis asuntos; si no tuviese á ese ganso, me vería bien atarugado. Esta es la costumbre.

— Pues es costumbre muy tonta, y al ver lo que sabemos hacer, porque al cabo hemos sido nosotros los que hemos traído acá este oficio, y los que le sostenemos, ¿ es posible que no se hayan enmendado?